

Borges y nosotros, en los sesenta

Acabábamos de dejar atrás la adolescencia y, ni hace falta decirlo, todavía nos absorbía el *dictum* de lo inequívoco. Los tiempos, además, propiciaban la inmediata cancelación de dudas y vacilaciones: a nuestra América, a la Argentina sobre todo, las sentíamos atravesadas por el viento de las grandes decisiones y no parecía quedar mucho espacio para la ambigüedad o las zonas grises en esa década recién estrenada. Quienes entrábamos en ella con apenas veinte años debíamos decidir, por ejemplo, qué hacer con el peronismo, ese «hecho maldito de la burguesía» que la clase media ilustrada de la generación anterior había empezado a tramitar con grandes dificultades, pero que aún obligaba a entrar en una batalla de luces y sombras donde el mal y el bien se enfrentaban como en los diseños míticos. Movilizados por la gran utopía que había triunfado en Cuba en 1959, no nos fue imposible integrar el peronismo dentro de una perspectiva revolucionaria, un paso que —pensábamos— sólo los timoratos y los empedernidos podían creer descabellado. Muy pronto, y no sin el íntimo goce de quienes saben o sospechan que serán ratificados por la historia, nos hallamos dueños de un racimo de convicciones sólidas, irrefutables, a partir de las cuales no parecía inalcanzable poder separar lo complejo de lo simple.

Estando sumergidos en tales cavilaciones, encontramos a Borges. Lo recibimos —no me queda duda alguna al recordar esos días—, como un Borges doble, vestido de entrecasa y vestido de paseo; un Borges preparado, ya, para el consumo interno y otro para la exportación. El Borges doméstico era el que, tan atrás como podíamos recordar, venía a polemizar sobre el peronismo con Sábato (a propósito de ciertas afirmaciones de Martínez Estrada) en las páginas de *Sur* y *Ficción*, a menos de un año de la caída de Perón en 1955. De ese Borges habíamos leído ciertas páginas residuales —«El simulacro», «L'illusion comique»— que, engastadas como al pasar en sus textos fundamentales, estaban dominadas por una furia intensa ciertamente poco borgeana, por un contenido desprecio inequívocamente anti(popular/peronista). De ese Borges conocíamos el vitriólico, exasperado relato antiperonista «La fiesta del mons-

truo», que *Marcha*, prestigioso periódico uruguayo de izquierda, había publicado pocos días después del derrocamiento del régimen. Ese Borges doméstico no era todavía un objeto de culto para los *mass media* locales y extranjeros, ni era la meca de turistas ilustrados que devino más tarde. Su rostro público estaba más que nada confinado a las aulas de Filosofía y Letras, donde dictaba inglesa y norteamericana, y a la Biblioteca Nacional, que dirigía. Es por eso, acaso, que su postura antiperonista nos era más visible a estudiantes, escritores e intelectuales; por ello, quizás, una manera inevitable de empezar a leerlo fue, entre otras, en la casa de todos y a la sombra de su furia ideológica.

Afuera preferían hablar de otro Borges, no contaminado por las mareas locales. En Francia —todavía, por entonces, punto de inflexión de la cultura argentina—, Maurice Blanchot había dedicado en 1959 un capítulo entero de *Le livre à venir* a examinar «El Aleph», que reputaba fundamental para las letras contemporáneas. Michel Foucault confesaba en *Les mots et les choses* haber partido de un texto de *Otras inquietaciones* para organizar su examen de las taxonomías. En 1964 la revista *L'Herne* había publicado un número especial sobre su obra, dotado de firmas prestigiosas; hacia 1967, dos volúmenes de *entretiens* ya le habían sido dedicados en París. De este Borges se separaba, sin excepción alguna, el escritor del hombre político, con un limpio corte quirúrgico seguro de sí mismo (aún en Francia, donde hacía ya una década que Sartre había cuestionado ese tipo de operaciones). Así recortado, de este Borges de afuera se celebraba todo cuanto nos atraía con la fascinación que posee lo que simultáneamente llama y rechaza desde sí mismo: en sus textos, el poder del lenguaje; la práctica de una literatura de reflejos erudita en lenguas y conocimientos exóticos; la cuidadosa expulsión del lugar común y el minucioso control del lenguaje cotidiano sin caer en lo afectado; la ironía omnipotente y microscópica; la imaginación atada a la experiencia cotidiana y ejercida con un rigor casi matemático; el remate exento de parábola o pedagogía. Los ecos de afuera se unían a unas pocas lecturas locales, como la que había empezado a establecer la argentina Ana María Barrenechea en un estudio fundacional que desde su título —*La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*— orientaba hacia otro Borges, indemne a las tormentas domésticas.

Nuestros Borges eran, así, dos, pero de modo complejo. La esencia oximorónica de su estilo, la figura de contradicción que aparecía con tanta frecuencia en su discurso —*x es p y no p; si p, entonces q pero también si p, entonces no q*—, alimentaban resultados gnoseológicos y estéticos tan seductores como desconcertantes. Muchos de sus textos narraban un ahora perpetuo, un presente estático y atemporal que negaba la categoría de sucesión; en otros no había garantía alguna de que el conocimiento no fuera falso o ficticio, o de que las doctrinas y teorías tuvieran algún valor de verdad que no dependiera de una perspectiva o premisa subjetiva. De esos textos que intercambiaban el traidor con el héroe, el hereje con el ortodoxo o el infierno con el paraíso emergía una *contra-dicción* en la que podíamos hallar la dicción de lo indecible, pero también la dicción de la inmovilidad, de la pasividad ante las turbadoras

opciones que la historia suele plantear a los seres humanos. Las paradojas, las contradicciones, el escepticismo radical de esos textos embestían por un lado contra nuestra necesidad generacional e histórica de eliminar la duda metódica de nuestra agenda de trabajo; por otro, empero, nos ayudaban a comprender el jesuitismo raigal de derecha que acechaba en buena parte de nuestra cultura media, según el cual era posible separar total y pragmáticamente lo ilícito de lo verdaderamente inmoral, el mal menor del mal mayor o, en suma, lo oscuro de lo claro y lo acertado de lo erróneo. Así, si uno de los dos Borges nos llevaba a tomar partido irrevocablemente, y, por lo tanto, a menospreciar el territorio de las contradicciones, el otro nos sugería estimar toda elección fundamental como añagaza epistemológica, como sueño de una razón que fatalmente la sinrazón procura.

El Borges doméstico había aseverado en una conferencia de 1951 publicada luego en *Sur* en 1955, que eliminar el color local es el único procedimiento que puede garantizar un carácter nacional a la literatura; la ausencia de camellos en el *Alcorán*, por ejemplo, prueba lo intrínsecamente árabe de ese texto. Leer este Borges en los sesenta implicaba para nosotros dos operaciones simultáneas: apartar, primero, la aparente lección de estética para retraducirla al dominio de una discusión sobre los nacionalismos que era propia de los cuarenta; retraducir esta discusión, de inmediato, en términos del debate sobre el peronismo y las izquierdas, que era el que verdaderamente preocupaba a nuestra generación. Así, inevitablemente, el antinacionalismo se unía, en ese Borges doméstico, al antiperonismo. Ese antinacionalismo, ¿le habría quizá dictado, ya en 1928, y a pesar de su criollismo de entonces, la dura belleza del sintagma «una parecita, el fracaso criollo de un sauce?». No teníamos dudas acerca de qué le dictaba, ahora, en los sesenta y setenta, su nostálgica apelación al par Mujica Láinez: «alguna / vez tuvimos / una patria —¿recuerdas?— y los / dos la perdimos». O la negación —por vía, precisamente, de la literatura— de lo propio y real: «Yo iba por un camino de la llanura. Me pregunté sin mucha curiosidad si estaba en Oklahoma o en Texas o en la región que los literatos llaman la pampa». No podíamos, tan fuerte erañ el sonido y la furia, fundir los dos Borges en uno para estipular las dosis exactas que se mezclaban en sus textos. No nos era posible, como nos fue a muchos casi treinta años más tarde, no asimilar su peculiar tratamiento de lo (ir)real con el escapismo. No podíamos ver, bajo la superficie (aparentemente despolitizada) de sus textos la posible referencia —¿comprometida, acaso?— a la realidad, a la política, a la historia. No pudimos leer en «El hombre en el umbral» o en «El jardín de senderos que se bifurcan» la discusión que esos textos hacen del colonialismo, o en «La historia del guerrero y la cautiva» la ambigua crítica a la conquista del desierto, al triunfo del hombre blanco y, por lo tanto, de Roca y de la historia oficial argentina.

No obstante, los del sesenta tuvimos el mérito —que reivindico ahora, cuando ya no es imposible hacerlo— de intentar por primera vez la fusión de esos dos Borges. Si, salvando las diferencias mayores y menores, hubo una generación francesa que «recuperó» a Céline y una norteamericana que lo hizo con Pound, la nuestra comenzó

la tarea de asimilar a Borges más allá del rechazo y del malentendido que nos imponían, total o parcialmente, su ideología política y estética. Lo pudimos hacer por estar un paso más allá del momento exacto en que había empezado su furia política. Además, por coincidir con otro Borges, el primero de todos, el anterior a los dos que recibimos en los sesenta. Ese Borges temprano de los años veinte que se había propuesto acriollar lo universal; que había dejado escrito en 1926 en *El tamaño de mi esperanza*, el libro que él había preferido olvidar y que nosotros desenterramos en los sesenta: «A los criollos les quiero hablar: a los hombres que en esta tierra se sienten vivir y morir, no a los que creen que el sol y la luna están en Europa. Tierra de desterrados natos es ésta, de nostálgicos de lo lejano y ajeno: ellos son los gringos de veras, autoríceo o no su sangre, y con ellos no habla mi pluma». Por vía de ese primer Borges —que en 1921 había declarado en verso «y sentí Buenos Aires: / [...] los años que he vivido en Europa son ilusorios»; que escribía *ciudad*, elevaba el truco a tópico lírico y rescataba al poeta popular Evaristo Carriego—, empezamos a fundir los dos Borges agonistas. Como él lo había querido para Carriego, su inclusión en «la más reservada y verdadera *ecclesia invisibilis*» de las letras no la quisimos deber a la fracción de ira de su palabra.

Andrés Avellaneda

